

Permaneced en mí

VIII Parte.



Misión Palabra de Vida
San José, Costa Rica

1. El padre y el hijo

Nosotros estamos viviendo en una época trascendental. Jesús habló sobre las señales que habría al estar cercana su venida, y nosotros estamos presenciando todos esos síntomas. Es muy probable que lleguemos a recibir al Señor mientras aún estamos con vida.

En el año 1900, nadie conocía un tal país llamado Israel. Además, nadie se imaginaba que Jerusalén llegaría a ser la capital de Israel. Sin embargo, en 1967, Jerusalén llegó a ser la capital de Israel. Era inconcebible que Israel llegara a utilizar el hebreo porque, aunque en la antigüedad los judíos se comunicaban en hebreo, la vida errante por dos mil años causó el olvido de este idioma. A comienzos del siglo XX, Eliezer Ben Yehuda transformó esta lengua en desuso para que pueda ser utilizada en la cotidianidad moderna. Tras la diáspora Ben Yehuda llegó a ser la primera persona, después de dos mil años, en emplear el hebreo como su lengua materna. Después de 100 años desde entonces, Israel maneja el hebreo y el árabe como lenguas oficiales del país. En el presente ellos utilizan el *shekel* que es la moneda nacional de hace dos mil años atrás; y han restablecido la asamblea pública Sanhedrin, que había sido el mejor órgano de decisión.

La Biblia afirma que, Rusia unirá fuerzas con Irán para atacar a Israel, era incomprensible para aquellos que vivían en 1900; sin embargo, para las personas de nuestra época es una exposición fácilmente creíble. Hace tan solo 100 años era absurdo decir que la compra y venta en el mundo sería posible solamente si en la mano derecha o en la frente de los individuos se recibía una marca, pero esto hoy se ve suficientemente posible.

En Apocalipsis capítulo 11, aparecen dos testigos que guían a 144.000 judíos al seno de Señor durante los primeros tres años y medio de la gran tribulación que se extiende por siete años. Estos dos testigos mueren en la etapa intermedia de la gran tribulación, la Biblia dice que “los de los pueblos, tribus, lenguas y naciones verán sus cadáveres por tres días y medio” (Apocalipsis 11:9). Esta palabra presenta un escenario incomprensible para las personas existentes antes de la invención de la televisión y el internet.

Muchas señales que eran incocebibles para las personas del año 1900 se manifiestan con claridad en nuestra época. La Biblia profetiza que el Señor vendrá por segunda vez cuando estén vivas las personas que vieron con sus ojos las últimas señales, esto significa que nosotros podremos recibir al Señor estando con vida.

ESPÍRITU SANTO, LA GARANTÍA DE LA SALVACIÓN

¿Qué me garantiza que iré al cielo? ¿Cuál es la garantía de la salvación? La garantía de la salvación es el Espíritu Santo. Tener el Espíritu Santo es la garantía de que nosotros somos verdadero pueblo de Dios. Todos los que han nacido de nuevo pertenecen al pueblo de Dios, y como prueba de esto nos fue regalado el Espíritu Santo. Los que han recibido el Espíritu Santo, han recibido la confirmación de que entrarán al cielo y que somos pueblo de Dios. Y este permanece dentro de nosotros, trabajando en nosotros.

Entonces, ¿Cuándo llega el Espíritu Santo en nosotros? La Biblia afirma que recibimos al Espíritu Santo en el momento que recibimos el perdón de los pecados (Hechos 2:38).

“En quien (Cristo) tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia” (Efesios 1:7)

“En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.” (Efesios 1:13-14)

En el pasado, las personas estampaban los documentos con sus sellos personales para demostrar que los papales eran suyos. Los sellos se utilizaban para manifestar el derecho de propiedad. Aquello que esté sellado con mi sello, por ejemplo, significaba que fuera de mí nadie tenía el derecho de abrir el documento.

El Señor nos compró con su sangre. Cuando Él vuelva redimirá nuestro cuerpo también. El Espíritu Santo afirma que tenemos derecho como herederos del Reino de Dios. El Espíritu Santo es la prueba de que nosotros somos verdaderamente pueblo y posesión de Dios.

Ahora, ¿por qué Él nos perdonó los pecados, nos dio el Espíritu Santo y más tarde regenerará nuestro cuerpo? Todo esto es para hacernos partícipes de su gloria.

El Espíritu Santo está solamente en la persona que ha recibido el perdón del pecado. El Espíritu Santo es garantía para nosotros: “Mas el que nos hizo para esto mismo es Dios, quien nos ha dado las arras del Espíritu Santo” (2 Corintios 5:5). El poder creer que la sangre de Jesús fue derramada para nosotros, esto es obra del Espíritu Santo.

“Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de

Cristo, no es de él.” (Romanos 8:9). Los que poseen el Espíritu de Cristo, o sea solamente los que poseen el Espíritu Santo son cristianos. Por más que sea un religioso muy devoto, si no ha sido renacido mediante la sangre del Señor jamás podrá comprender lo escrito en la Biblia. Sólo los que han creído perfectamente en la sangre de Jesús empiezan a entender la Biblia.

ESPÍRITU DE ESCLAVITUD Y ESPÍRITU DE ADOPCIÓN

“Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” (Romanos 8:15). El “espíritu de adopción” se refiere al Espíritu Santo. Entre las personas que congregan a la iglesia se encuentran algunos que recibieron el “espíritu de esclavitud”. Los esclavos tienen paz cuando son aprobados por el dueño, pero cuando se equivocan sienten inseguridad de ser desechados. De modo que los esclavos tienen la tendencia de siempre estar con temor, y así es como la Biblia lo nombra “espíritu de esclavitud”. Aquellos que no se apoyan en la sangre del Señor, los que no han recibido la salvación mediante esa sangre siempre se sienten inseguros. Cuando viven esforzadamente haciendo el bien se sienten tranquilos, pero cuando se desvían un poco sienten incertidumbre. Todos los que tienen “espíritu de esclavitud” son aquellos que se apoyan en las obras y procuran ir al cielo con sus buenas obras. En el fondo del corazón de este tipo de persona yace un perpetuo temor.

Un día, un amo llevaba arrastrado a su esclavo, pero justo también pasaba por el mismo lugar un rico muy poderoso. Este hombre rico viendo el escenario tuvo misericordia del esclavo y lo liberó pagando un

precio. Este esclavo ahora es libre gracias al hombre rico. Solo el hecho de darle la libertad ya es una gracia inmensa, sin embargo, el hombre rico decidió adoptar al esclavo como su hijo. Ahora esta persona ya no es un esclavo sino un miembro de una familia, ahora el que había sido un esclavo puede disfrutar de todo el bien de su padre.

¿Qué es mejor? ¿Ser un hombre libre o ser hijo del rico? Sin duda, es una mayor bendición ser el hijo. Llegar a ser el hijo adoptivo quiere decir que éste se sienta en el lugar de un hijo natural. De igual forma, nosotros estábamos sumergidos en el pecado y estábamos destinados a morir eternamente como pecadores; empero Jesús pagó el precio de nuestro pecado con su sangre y nos dio la libertad. Esto ya es una gracia inmensurable pero, encima de todo, el Señor nos adoptó como hijos suyos. Dado a que ahora somos hijos adoptivos de Dios recibiremos el Reino de los Cielos como herencia, y todo lo que le pertenece a Dios también ahora nos pertenece. Su herencia es segura.

Este muchacho que ha vivido toda su vida como un esclavo, ¿podrá llegar a actuar acorde a un hijo rico de la noche a la mañana? Claro que no. Sí o sí se externalizará el carácter y el instinto de un esclavo, pero el padre lo adoptó conociendo de antemano todo esto, viva bien o viva mal siempre será hijo de su padre. También nosotros, aunque lleguemos a ser hijos de Dios, todavía en nosotros están presentes el carácter y el instinto pecaminoso, pero aún así, Dios nos considera hijos suyos.

Con el tiempo aquel esclavo irá tomando la forma de su padre. Dentro de la relación entre el padre y el hijo, el muchacho irá dejando sus modales de esclavo e irá desarrollándose poco a poco como un hijo decente. Igualmente, después de que nosotros ser hijos de Dios mediante la sangre del Señor, dentro de la relación con el Padre Dios iremos cambiando para llegar a actuar como buenos hijos de Dios.

Pasar a ser un hijo de Dios es instantáneo, pero llegar a tener el carácter de un hijo de Dios necesita tiempo. La sangre de Jesús nos ha librado del castigo del infierno; y el Espíritu Santo que llegó en nosotros trabaja para que nuestro corazón y manera de pensar vaya cambiando para que crezcamos como hijos de Dios. La Biblia dice que el Espíritu Santo que llega en nosotros es un ayudador. Gracias al trabajo y la ayuda del Espíritu Santo nosotros vamos cambiando con el tiempo.

LA ORACIÓN: UN PRIVILEGIO DEL HIJO

En un tiempo la relación entre Dios y nosotros era la relación entre un “juez” y un “pecador”, después de que Jesús pagó todo el precio del pecado, Dios quien era juez, llegó a ser nuestro Padre. Ahora se estableció una nueva relación de familia. La persona renacida que ha recibido el espíritu de adopción puede orarle a Dios llamándolo “Padre” (Romanos 8:15).

El primer privilegio que tiene un hijo de Dios es la oración. La oración es una conversación que comparten entre la persona nacida de nuevo y Dios.

Un hijo que mientras juega le dice a su padre “Papá, deme plata”, el padre se aproxima y le entrega dinero del bolsillo. No obstante, si algún otro niño viendo esto se acerca y le dice “Papá, deme plata”, el padre se sentiría extraño. Hay diferencia entre ser hijo y no ser hijo. Así también, Dios oye la oración de Su hijo.

“Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido.” (San Juan 16:24).

Escudriñemos unas cuantas actitudes de una persona que ora. La oración no debe ser redundante y tediosa, sino que su contenido debe ser claro y lúcido. Hay personas que presentan un discurso elocuente delante de Dios, pero esto no es adecuado. Dios no escucha a alguien porque hable largamente, por eso, primero que todo, es importante tener claro lo que queremos pedir. Cuando pedimos algo preciso, entonces más adelante sabremos si esa oración ha sido contestada o no.

Además, debemos orar con convicción, la cual es posible adquirir mediante mucha meditación en la palabra de Dios. La oración aferrada a la palabra es una oración buena. Por ejemplo, si una persona ora diciendo “Dios, ayuda a mis padres para que puedan ser salvos” pero tiene duda en su corazón, no podemos decir que la oración es apta. La oración deseable sería: “Dios, Tú quieres que todas las personas sean salvas (1 Timoteo 2:4) y entre ellos están incluidos mis padres, por eso confío que Tú responderás a mi petición. Ayúdanos.”

Cuando uno está pasando gran dificultad y problema, si ora con convicción acordándose de la palabra que dice:

“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar.” (1 Corintios 10:13)

Entonces podríamos decir que es una oración apropiada. El Señor sin falta proveerá la fuerza y el camino de salida.

También es una oración oportuna decir: “Dios, Tú dijiste que busquemos primeramente Tu reino y Tu justicia, y todo lo demás será añadido (San Mateo 6:33). ¡Mírame, Dios! Yo busco primeramente Tu reino y Tu justicia, ayúdame conforme a Tu palabra.”

Si invocamos al Señor basándonos en la palabra, sujetos a una palabra específica, esto puede llamarse una oración razonable. Una oración que se apoya en la palabra de Dios es una buena oración.

Dios escucha la oración y el clamor del hijo. ¿Acaso no es maravilloso que el Dios mismo incline su oído para escuchar nuestra oración?! Si poder escuchar la palabra de Dios es una gran bendición, poder orar es un privilegio aún mucho mayor.

EL ARREPENTIMIENTO DEBE CONTINUAR

“Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra. El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.” (San mateo 6:9-12)

Hay personas que malinterpretan el Padrenuestro de San Mateo capítulo 6 y dicen que después de recibir la salvación hay que seguir arrepintiéndose para que nuestros pecados sean perdonados y así poder ir al cielo. Pero no es así. Los que dicen tales cosas están malinterpretándolo. Esta palabra no está diciendo que sólo los pecados acumulados hasta el momento de creer son perdonados y que el resto de los pecados cometidos posterior a la fe se perdonan al arrepentirse en cada momento.

El Padrenuestro empieza diciendo “Padre nuestro que estás en los cielos”. Esto nos enseña primero que es una oración realizada por un cristiano renacido para el Padre Dios. Significa que está orando alguien renacido, apto para llamar a Dios como Padre.

No debemos malentender la parte que dice “perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Cuando dice que nosotros perdonamos a nuestros deudores no se refiere al “perdón del castigo” sino que se refiere al “perdón para recuperar la relación”. Cuando dice “perdónanos nuestras deudas”, no se está pidiendo que nos perdone porque de lo contrario seremos condenados y echados al infierno, sino que pide perdón para que se recupere la relación íntima entre el Padre y el hijo.

Con esta palabra el Señor está enseñando la confesión a los que han recibido la salvación. Confesar implica que reconoce su error, se arrepiente de ello y lo corrige. Si después de haber recibido la salvación nosotros pecamos, nuestra posición como hijos de Dios no cambia, pero sí se estanca la relación amistosa con Él. Cuando esto sucede Dios, como nuestro Padre, nos pide que confesemos nuestro pecado “Padre, he hecho realmente mal. No lo volveré a hacer.” Entonces, si confesando le pedimos su perdón, el Padre lo acepta. Recibir perdón quiere decir que se reestablece la comunión con Dios.

“Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo (...) Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.” (1 Juan 1: 3,9)

El libro San Juan nos enseña cómo poder recibir la vida eterna pero el libro primero de Juan nos instruye para que podamos tener una relación saludable con el Padre Dios. Cuando un hijo hace mal contra el padre, es difícil para el hijo mirar el rostro de su padre y la relación entre los dos se aleja. No obstante, si el hijo reconoce su pecado y le pide perdón al padre, la relación se recupera.

Es posible que aún una persona salva sea débil y se equivoque, por eso debe pedir perdón y corregir su camino. Aún después de haber recibido la salvación, necesitamos la gracia de Dios todos los días. Un cristiano no debe considerar el pecado como algo normal. Al manifestarse un pecado, sea este grande o pequeño, hay que reconocer que el pecado es pecado, y debe lamentarlo profundamente delante de Dios rectificando su camino.

DISCIPLINA, UNA SEÑAL DE AMOR

“Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos.” (Hebreos 12:6-8)

Entre los hijos hay algunos que hacen caso y otros que no. Cuando un hijo desobedece a propósito y hace mal intencionalmente, el padre sí o sí disciplina a su hijo. Para el hijo no existe la aniquilación, pero sí disciplina.

Dios dijo: “El que detiene el castigo a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige.” (Proverbios 13:24). Dios nos trata a nosotros como hijos, entonces Él nos disciplina para el bien de nosotros mismos. Esto es porque Dios nos ama y somos hijos de Él, y quiero que nosotros vencamos el pecado.

Dios disciplina a sus hijos, pero si en nuestra vida esta disciplina está ausente es necesario examinarse a sí mismo, porque cabe la posibilidad de ser un bastardo, como un hijo nacido fuera del matrimonio.

Jacob es un hombre salvo. Durante su vida, él engañó gravemente dos veces. Una vez estafó a su hermano y luego a su padre. Jacob hizo que su hermano le entregara la primogenitura por un plato de guiso y engañó a su padre para interceptar la bendición del primogénito.

Después de esto Jacob fue engañado grandemente dos veces. Una vez fue por su tío Labán. Jacob había trabajado para su tío por siete años para casarse con su segunda hija Raquel pero Labán pensó que no podía casar a su segunda hija sin casar a la primera antes, por lo que la noche de la luna de miel, Labán envió a su primera hija Lea en vez de Raquel. Al pasar siete días, Labán le dio a Jacob su segunda hija Raquel y le hizo trabajar otros siete años.

Además, Jacob fue engañado severamente por sus diez hijos. Estos diez tuvieron envidia de su hermano José y lo vendieron a Egipto, pero a su padre Jacob le mintieron diciendo que José había muerto. Jacob vivió más de diez años con dolor pensando que José había muerto.

Porque Jacob engañó grandemente dos veces, él también pasó por lo mismo exactamente dos veces. Si una persona salva engaña con premeditación, no importa cómo pero sí o sí recibirá su disciplina correspondiente. Si nosotros nos negamos a recibir la guía y la enseñanza de Dios, entonces Él nos disciplinará. Nosotros debemos estar delante de Dios, pendientes de la disciplina, y examinarnos siempre en nuestro diario vivir.

2. Dos fundamentos de la vida de fe

HUMILDAD, LA PUERTA DE ENTRADA A LA VIDA ESPIRITUAL

¿Cómo debe vivir un hijo de Dios la vida espiritual? Pensemos esto. La primera cualidad que se debe tener en mente como hijo de Dios es la humildad. Se puede decir que la humildad es la puerta de entrada a la vida espiritual, y esto porque Dios mismo es humilde de corazón.

El Señor vino a esta tosca tierra para salvar a los pecadores que no son mejores que los insectos. Jesús es el Rey de la humildad, Él dijo: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón” (San Mateo 11:29). Jesús vino a este mundo como un siervo humilde y manso. Así como un siervo se subordina a la voluntad de su dueño, Jesús se humilló y se subordinó a la voluntad del Padre Dios.

“Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.”
(Filipenses 2:5-8)

Si un salvo no es humilde, cabe la posibilidad de que esta persona esté insolentemente encima del Señor, pues él es el más humilde. La vida espiritual consiste en seguir los pasos de Jesús, por lo que la humildad es lo más importante.

En siglo IV, Aurelius Augustinus, el que completó la base de la teología, ante la pregunta de cuáles eran las cualidades más importantes de un cristiano, él respondió que lo primero es la humildad, lo segundo es la humildad, y lo tercero también es la humildad. “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes.” (Santiago 4:6). El que nació de nuevo vive por la gracia de Dios, y esta gracia viene de arriba hacia abajo, tal como el agua fluye de arriba hacia abajo, y la bendición también va de arriba para aquellos con humilde corazón.

La salvación no se cumple en el corazón de la persona que es soberbia. Jesús dijo “De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.” (San Mateo 18:3). El Evangelio es muy sencillo por eso solo aquellos humildes de corazón pueden comprenderlo con sencillez.

Después de haber recibido la salvación es lo mismo, mientras más humilde sea el corazón de una persona recibe mayor gracia de Dios y, por eso, los que viven una vida de fe poderosa son aquellos que mantienen la humildad en su corazón. Para poder vivir una mejor vida de creencia que en el presente, es necesario humillar el corazón más y aún más.

El Apóstol Pablo confesó: “A mí, que soy menos que el más pequeño de todos” (Efesios 3:8) Aquí está la razón por la que él pudo ser utilizado grandemente por Dios hasta el final, la humildad.

Una vez, un caballero de edad avanzada estaba descansando en el campo. Este hombre se encontró casualmente con un universitario y le preguntó: “Muchacho, ¿cuál es la especialidad que estás estudiando?” El muchacho le respondió: “Hace unos días he conquistado las matemáticas, terminé mi estudio universitario en las matemáticas.” Pero

de repente el joven tuvo curiosidad de qué hacía este anciano, entonces le preguntó: “Y, usted, señor, ¿a qué se dedica?” Su respuesta fue: “Yo soy alguien que apenas acaba de entender sobre las matemáticas.” Resultó que este viejo era un reconocido matemático internacional, A. N. Whitehead. Así también, la vida espiritual que haya alcanzado mayor madurez, más humilde será.

La humildad de corazón es conveniente en cualquier circunstancia. Por ejemplo, en la iglesia, cuando una persona da un testimonio muy prolongado, el que tiene un corazón soberbio empieza a crear problema en su corazón: “¿Por qué nadie lo para? ¿Por qué habla tanto? ¡Qué aburrido!” pero para el que tiene un corazón humilde no le es ningún problema. De igual manera, cuando uno escucha la palabra con un corazón humilde, no importa quién predique, para esta persona todo le es una bendición.

La vida en el hogar también se puede llevar con entusiasmo si humilla su corazón. Los problemas de un hogar surgen porque todos los integrantes creen que su persona es la mejor. Si con un corazón humilde empequeñece su persona como el menor de todos de la casa, entonces, en ese hogar no habrá discordias. Un marido humilde de corazón está agradecido con su esposa y siente ternura por ella. Una mujer humilde de corazón tiene respeto y admiración hacia su marido.

Hemos aprendido, infinitas veces, mediante la palabra que debemos estar “siempre agradecidos por todo”, pero esto es imposible sin humillar su propio corazón. Un desertor de Corea de Norte dijo una vez que él no comprende a los surcoreanos. Estos coreanos tienen alimento, ropa, techo, etc. pero siempre están llenos de preocupaciones y quejas. En cambio, los desertores del norte se escapan de su país por un plato de comida.

Nosotros siempre debemos estar atentos y examinarnos a nosotros mismos para verificar que nuestro corazón no esté enaltecido. Si tenemos un corazón humilde podemos estar agradecidos del país y del hogar en donde hemos nacido. Una persona que ha caído en el pesimismo por el fracaso de su empresa, al intercambiar un breve diálogo con un paciente en la última etapa de cáncer, puede darse cuenta de que es un desagradecido.

La queja y el descontento provienen de la soberbia. Donde prevalece la soberbia siempre están presentes la disensión y la discordia. La persona que humilla su corazón lo suficiente puede vivir una vida con denuedo.

OBEDIENCIA, LA MANERA PARA QUE BRILLE SU VIDA

Mientras vivimos en este mundo, nosotros necesitamos aprender la disposición y la actitud de la obediencia. Cuando nacen los hijos, lo primero que deben aprender ellos es la obediencia a los padres. Cuando una mujer se casa, la mujer debe aprender a respetar y obedecer a su marido. Hay que aprender la obediencia en la iglesia y en el trabajo también. La obediencia es la base de la vida. A veces cuando se presentan muchos enredos en la vida, a menudo es porque no estamos reconociendo el orden y la autoridad.

Dios es el Creador y está sobre todas las cosas. Las criaturas no pueden ser mayor que el Creador, por lo tanto, obviamente, las criaturas están por debajo del Creador. Dado a que Dios existe, naturalmente se crea lo que es la jerarquía en las relaciones interpersonales. Dios nos hizo de una forma para que concibamos y reconozcamos los diferentes niveles de autoridad.

Dios hizo que exista el orden de poder en todas las relaciones humanas para que comprendamos cómo servir a nuestro Dios.

Dios nos ordenó de la siguiente manera: “casadas, obedeced a vuestros maridos”, “hijos e hijas, obedeced a vuestros padres”, “siervos, obedeced a vuestros amos”, “pueblo, obedeced a vuestro rey”, “ovejas, obedeced a vuestros pastores”. Dios ha establecido un orden en las relaciones humanas y dejó una interacción de obediencia entre ellos. Una mujer aprende a respetar a Dios, que no es visible para los ojos, mientras respeta a su marido. Los hijos obedeciendo a sus padres y los siervos obedeciendo a sus amos aprenden a obedecer al Dios invisible.

La persona que reconoce las autoridades es una persona con rectitud de corazón. Esto es una virtud trascendental en la vida. A un funcionario puede no parecerle bien lo que esté haciendo el rey. Sin embargo, este no puede posicionarse en la misma altura del rey para reprenderle. El funcionario podría corregir o suplicarle al rey con un corazón humilde en su posición que es inferior a la del rey, empero, la última palabra siempre lo tiene el rey.

Es posible que el desempeño del dueño se desvíe de las expectativas, pero ningún siervo alza su voz para reprenderle y reclamarle. Aunque el siervo puede proponer alternativas y exponer su opinión, el poder de la última decisión lo tiene el dueño. Mientras una persona vive la vida, lo primero que debe aprender es obedecer en la posición en la que se encuentre, entonces, su vida hallará brillo.

El autor del libro “El poder del detalle” dice que 100 menos 1 podría ser 0. Matemáticamente 100 menos 1 es 99, pero este escritor dice que podría llegar a ser cero. Alguien con muy buena formación y buenos atributos podría recibir una calificación de cero porque le falta una cosa.

Y por lo general, no saber reconocer a sus autoridades suele ser ese pequeño defecto que nubla todo lo demás.

Aunque una nuera haga a la perfección todos sus quehaceres del hogar y sea talentosa en diferentes ámbitos, si ella es grosera para con su suegra, al final, la nuera termina siendo una nuera mala. Pero por el otro lado, una nuera obediente y servicial para con sus suegros, por más que tenga defectos y faltas, es una nuera sobresaliente; “El obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros.” (1 Samuel 15:22)

Una vez, hubo dos siervos que sirvieron a su dueño por mucho tiempo. Un día, repentinamente, el dueño los puso a trabajar como nunca. Estos dos siervos estaban demasiado cansados, y en la profunda noche mientras estos dos dormían el dueño entró donde ellos estaban. Les dio un haz de paja a cada uno y les mandó que hicieran cuerdas bien finas. Un siervo refunfuñaba e hizo las cuerdas de forma mediocre, pero el otro siervo amarró las pajas de forma que la cuerda quedará fina y compacta como el dueño le había ordenado.

El día siguiente, el dueño trajo un saco lleno de yeobcheon¹ y les dijo a los siervos: “Ustedes han trabajado mucho para mí, ¿no creen que ya es hora para que ustedes también se independicen, se casen y tengan su propio hogar? Enarten en la cuerda que hicieron ayer la cantidad de yeobcheon que deseen antes de partir.” El siervo que hizo la cuerda fina

¹ Yeobcheon: moneda de latón que se usaba en el pasado en Corea . Este es circular con un orificio cuadrado en el centro por donde se pasaba una cuerda para ser portadas.

y compacta se llevó una gran cantidad de yeobcheon, mientras que el siervo que amarró la cuerda mediocrementemente no pudo llevarse casi nada.

Dios busca a la persona obediente. Dentro de la iglesia también Dios utiliza a aquella persona que sabe obedecer. La obediencia es un deber del ser humano. Nosotros, sin falta, tenemos que aprender a obedecer. Dios siempre permite la bendición seguido de la obediencia, pero por el otro lado, permite que la vida de la persona que no reconoce la autoridad y vive desobedientemente se torne complicada. El Señor observa la vida de cada persona en el hogar, en el trabajo, en la iglesia, etc., en todas las relaciones humanas, y ciertamente premiará la vida de aquel que sepa obedecer.

3. La batalla contra el enemigo

El ser humano está formado por el espíritu y el cuerpo. “Recibir la salvación” significa “recibir el perdón del pecado”, “ser hijo de Dios” y “ser justo”. “Obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas.” (1 Pedro 1:9). Cuando nosotros recibimos la salvación, significa que nuestro espíritu recibió la salvación y el Espíritu Santo llega a entrar en nuestro corazón (1 Corintios 6:17).

Cristo derramó Su sangre y pagó el pecado nuestro pecado y nos libró del pecado. Ser libre del pecado significa que nos salvó del castigo y la destrucción causada por el pecado. Pero, aunque el precio del pecado haya sido cancelado, la naturaleza o el carácter pecaminoso de la persona no ha desaparecido. El Señor dijo: “Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.” (San Juan 3:6). Lo que nace de nuevo es el espíritu y no la carne. El apóstol Pablo también

enseña que, en los hijos de Dios, aún yace el carácter pecaminoso: “No quitando las inmundicias de la carne, sino como la aspiración de una buena conciencia hacia Dios” (1 Pedro 3:21)

Examinémos nuestro corazón. Todavía nosotros tenemos la naturaleza pecaminosa heredada de Adán. En el cuerpo del hombre está la parte ‘soma’ y la parte ‘sarx’. Soma se refiere al cuerpo en sí, lo físico y anatómico. En cambio, Sarx alude a la carne o a la naturaleza pecaminosa, esto es el instinto pecaminoso. La persona que tiene su espíritu salvo, todavía tiene un instinto que puede pecar. Aunque su espíritu haya recibido la salvación su carácter pecaminoso no ha desaparecido. En todos nosotros todavía existe la habilidad de desobedecer. A pesar de que una persona salva no debería pecar, puede ser que peque.

Esta naturaleza pecaminosa del ser humano no desaparece hasta que llegue la segunda venida del Señor. Cuando Él vuelva otra vez, nos transformará y nuestro cuerpo y espíritu serán gloriosos. Tal como, de una semilla nace una flor y de un gusano, una mariposa; cuando Él nos resucite desaparecerá el instinto pecaminoso de nosotros. En ese momento ya no nacerán deseos de pecar. Si una persona cree que en el momento que recibe la salvación se convierte en un ángel, está equivocado. Pese a que hayamos recibido la salvación, hasta el día en el que nos presentemos delante del Señor, en nosotros seguirá el carácter pecaminoso.

En un cuarto oscuro no se logra ver el polvo, pero al alumbrar la luz sí. Igualmente, después de recibir la salvación, el Espíritu Santo alumbramos nuestro corazón por lo que se logra ver nuestra esencia con más claridad; es así como uno se da cuenta de lo depravado que es, aún más, después de la salvación.

TRES TIPOS DE ENEMIGOS

Es necesario saber que existen tres tipos de enemigos que le esperan al cristiano renacido. Nos esprea el carácter pecaminoso que sigue en nosotros, el mundo pecaminoso que nos tienta y el diablo que quiere arruinar la vida espiritual de uno. Por lo siguiente, a veces se compara el corazón del salvo a un campo de batalla. Aunque nuestro espíritu fervientemente desea vivir según la palabra de Dios, pero nuestra naturaleza pecaminosa quiere seguir las tentaciones de este mundo. Mas este conflicto que se genera dentro de los renacidos, es algo normal.

Supongamos que un pajarito y una rata están amarradas juntas de una cuerda. La rata querrá entrar a su hueco, mientras que el pajarito querrá salir volando. Pero si ambos se dirigen hacia donde su instinto los lleva, ¿quién ganará? Por supuesto que la rata pues es más fuerte que el pajarito. Sin embargo, si en vez de un pajarito fuera un águila, claramente el águila le ganará a la rata. Esto ilustra lo que sucede en nuestro corazón. El espíritu anhela vivir según la palabra de Dios, mientras que la naturaleza pecaminosa quiere seguir al mundo.

EL RESULTADO DEL TRIUNFO EN LA BATALLA

¿Por qué Dios no habrá aniquilado de nosotros la naturaleza pecaminosa?

Si en el momento que recibimos la salvación, nos hubieran quitado el carácter pecaminoso, ya no recibiríamos tentaciones del pecado y podríamos vencer fácilmente. Sin embargo, Dios no nos salvó sólo para llevarnos al cielo, sino que quiso darnos la gloria eterna también: “Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos, para que ellos también

obtengan la salvación que es en Cristo Jesús con gloria eterna.” (2 Timoteo 2:10).

Dios desea que nosotros recibamos la gloria eterna también. Pero esa gloria es para la persona que triunfa, esto significa que debemos vencer la lucha contra los tres enemigos. Dios quiso premiar con la gloria eterna a aquellas personas que anden en el camino de la obediencia a Su palabra mientras están en este mundo, donde su naturaleza pecaminosa, las tentaciones del mundo y las pruebas del diablo aún están presentes. Aunque el cielo es para todos por igual, el premio de la gloria eterna difiere dependiendo de la persona.

EL SECRETO PARA TRIUNFAR

¿Cómo podemos vencer a la carne, al mundo y al diablo? Con mis propias fuerzas es imposible. Nosotros debemos comprender el principio por la que se rige la vida espiritual.

Había una vez un paciente que tenía acrofobia. Esta persona siempre dormía intranquila porque sentía que se iba a caer de la cama. Aunque ya había recibido un tratamiento durante un año en una psiquiatría, sus síntomas no habían mejorado. Entonces este buscó a un pastor y le preguntó cómo hacer para poder descansar. El pastor le dijo que le cortara las patas a la cama. Así de simple era la respuesta. Igualmente, el principio de la vida espiritual es sencilla porque Dios no lo hizo complicado.

TOMA UNA ACTITUD FIRME CONTRA EL PECADO

Una de las claves para poder vivir una vida espiritual con triunfo es tomar una actitud firme contra el pecado. El diablo tienta con un solo vaso de alcohol, nada más con un solo cigarrillo. Pero cuando nosotros le cedemos un poquito, ese poco comienza a carcomer hasta que todo lo destruye. La biblia dice “Cazadnos las zorras, las zorras pequeñas, que echan a perder las viñas” (Cantares 2:15). La actitud resuelta y decidida es muy importante en la vida espiritual.

Después del éxodo, el ejército amalecita perseguía constantemente al pueblo de Israel y lo molestaba. Los amalecitas son descendientes de Esaú y son la sombra de la carne. El instinto pasado de cada uno de nosotros también nos persiguen, como el ejército amalecita, para hacernos caer. La Biblia dice: “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros” (Colosenses 3:5). Lo que estropea nuestra vida de creencia es el pecado, por lo que debemos tener una actitud radical y firme contra el pecado.

En el año 1966, un joven de Hawaii de los Estados Unidos visitó a su abuela que habitaba en Florida. Este muchacho llevó escondido a dos caracoles de origen africano que tenían muy desarrollado el apetito y eran increíblemente rápidos para reproducirse. La abuela del chico soltó a los caracoles en su jardín, y estos se reprodujeron hasta alcanzar a ser 18.000 para el año 1973. Al final, las autoridades del estado de Florida tuvieron que invertir diez años, más un millón de dólares para exterminar la plaga de esta especie. De igual forma, el pecado tiene una característica peculiar de expandirse horrorosamente cuando se le acepta un poquito.

“Tu justicia es como los montes de Dios, tus juicios, abismo grande. Oh Jehová, al hombre y al animal conservas.” (Salmos 36:6)

En Salmos 68 dice que los montes altos y grandiosos son de Jehová. “Tu justicia es como los montes” quiere decir que la palabra de Dios es como los grandes montes. Esto significa que tratar de infringir lo que Dios claramente prohibió es como que uno tratara de chocar con un gran monte. El ser humano jamás puede vencer a Dios. Todo lo que Dios manifestó en su palabra debemos aceptarlo como los principios de la vida. El que viva incumpliendo los principios dados por Dios, al final verá gran fracaso y frustración.

Una vez un buque de guerra estaba navegando en el mar y vio desde lejos una luz. Esta nave le mandó una señal diciendo que se corriera de su camino. Pero después de un rato le llegó una señal del otro lado diciendo “¡córrete tú!”. Aunque la nave le advirtió “¡esto es un barco de batalla!”, la luz no se corrió. Entonces lo amenazó “¡Lanzaremos un cañón!”, pero el otro le respondió “Si quieres lanza el cañón, esto es un faro”. Por más grande que sea una nave de batalla, éste es el que debe hacerse a un lado para no chocar con el faro. Así también, la persona que dice “aunque la Biblia diga así...” y desobedece la clara palabra de Dios es similar a un buque insensato que trata de chocar con un faro.

GUARDA TU POSICIÓN

Cada uno debe estar donde tiene que estar. La persona que está donde tiene que estar es alguien que está guardando su lugar. Dios estableció que sea bendecido aquel que esté donde deba que estar.

En la vida de un creyente, guardar su posición es muy importante. Con esto nos referimos a dos aspectos: la posición física y la posición espiritual.

“Pero cada uno como el Señor le repartió, y como Dios llamó a cada uno, así haga; esto ordeno en todas las iglesias.” (1 Corintios 7:17).

Un matrimonio que goza de una buena relación puede llegar a pasar por una crisis cuando uno de los dos recibe primero la salvación. Si esta crisis empeora, nace el deseo de escaparse de su posición, sin embargo, la

Biblia enseña que hay que cumplir con los deberes del cónyuge, amar y servir a la pareja (1 Pedro 3:1). Nunca debemos abandonar el lugar en el que tenemos que estar. En la Biblia está escrito: “Cada uno en el estado en que fue llamado, en él se quede.” (1 Corintios 7:20)

Una persona que solía actuar según su antojo antes de recibir la salvación, ahora que ya es salvo comienza a experimentar conflictos. Al pasar esta situación, el cristiano no debe pensar en escaparse de su posición sino en ir venciendo los conflictos permaneciendo en su lugar. Esto es fe. Después de recibir la salvación la mayoría pasamos por estas circunstancias.

“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar.” (1 Corintios 10:13)

A los hijos de Dios que han nacido de nuevo no les sobreviene ninguna tentación que no puedan resistir. Y cuando la prueba es tan difícil llegando a ser imposible sobrepasarla, entonces, Dios nos da la salida para que podamos soportar. Esta es la razón por la que, pase lo que pase, por más arduo que sea el conflicto, no debemos abandonar nuestra posición. Escaparse o abandonar no proviene de la fe. El cristiano debe ser perseverante. El traslado de posición de un cristiano debe darse después de haberlo consultado claramente con el Señor.

Algunas personas no son esforzadas ni fieles a sus deberes con la excusa de que creen en Jesús. Esto no es apropiado. Pero también hay personas que con variadas excusas no son esforzados ni fieles a la vida de creencia. Los cristianos deben ser diligentes, no hay otra opción para nosotros, los cristianos, que ser muy trabajadores para cumplir con nuestros deberes diarios y vivir la vida espiritual. La Biblia nos aconseja aprender de las hormigas: “Vé a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos, y sé sabio” (Proverbio 6:6). Solo los que son diligentes como las hormigas pueden vivir rectamente la vida de creencia.

Ser perezoso es dañoso en todos los sentidos. Para poder comer una castaña es necesario remover el erizo de la castaña. La perla se encuentra en el profundo del océano y el oro en el profundo de la tierra. Dios decidió que la persona que trabaje duro y se sacrifique esté en ventaja.

Las personas del mundo dicen estar cansados solo con el trabajo y los quehaceres del hogar. Pero los cristianos deben esforzarse en todo; sea en el trabajo, en el hogar, en predicar, en servir, etc., y nosotros podemos perfectamente lograrlo todo porque Dios da nuevas fuerzas a sus hijos. A los que esperan a Jehová, Él les da nuevas fuerzas y levantarán alas como las águilas (Isaías 41:31)

Hacer su mejor esfuerzo en su posición física es parte de vivir la vida de creencia. Los que son solícitos en su trabajo, estarán delante de reyes y no estarán delante de los de baja condición (Proverbios 22:29). El deber del estudiante es estudiar. Hay que estudiar hasta que la mamá le diga “por favor, hijo, estudia un poco menos”. Es posible que los padres reciban la salvación viendo el cambio en su hijo. Nosotros podemos impactar a las personas en nuestro alrededor siendo diligentes y esforzados en nuestra vida cotidiana. Para la esposa es vida de creencia

cocinar con empeño para su marido e hijos. Los hijos agradan a Dios al alegrar a sus padres y obedecerles. Y los empleados deben realizar su labor diligentemente, y todo lo que hagamos debe ser hecho con todo corazón como para el Señor y no para los hombres (Colosenses 3:23). Ser fiel a las tareas que le son dadas es el primer paso para predicar, y esto es la vida de creencia.

El tiempo que se pasa en la iglesia en una semana es proporcionalmente muy breve. Poniéndole mucho no llega a ser ni 24 horas. Los cristianos no deben olvidar que la vida de creencia no es solo presenciarse en el edificio de la iglesia, sino que abarca la vida cotidiana también. Nosotros, los cristianos, debemos ser cumplidores fieles de nuestra posición externa también.

“Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas. Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor. Padres no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten. Siervos, obedecen en todo a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios. Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís.” (Colosenses 3:18-24)

PERMANECED EN MÍ

“Cúdate de no ofrecer tus holocaustos en cualquier lugar que vieres; sino que en el lugar que Jehová escogiere, en una de tus tribus, allí ofrecerás tus holocaustos, y allí harás todo lo que yo te mando.” (Deuteronomio 12: 13-14)

Nosotros debemos guardar muy bien nuestra posición espiritual. Dios le dijo al pueblo de Israel que no ofrezcan el holocausto en cualquier lugar sino en el lugar especificado por Dios. Él dijo esto cuando se encontraba con las personas en el tabernáculo. Salomón construyó el templo cuando dejó de existir el tabernáculo, y desde entonces Dios se encontraba con las personas en el templo. Pero cuando Jesús vino al mundo, Dios se manifestaba a las personas por medio de Jesús. Los que se encontraban con Jesús se transformaban. En San Juan capítulo 2 dice que el “cuerpo de Jesús” es el templo (San Juan 2:21).

Después de que Jesús murió y resucitó “el grupo de personas que ha recibido la salvación” es el templo. Sin conocer qué es el templo del Señor, es imposible vivir una vida de creencia con triunfo. Dios se manifiesta en medio de los salvos reunidos.

La iglesia no es un edificio o una comunidad religiosa, sino la reunión de aquellos santos que han recibido la salvación. La iglesia en hebreo es ekklesia que quiere decir “los diferenciados” o “los apartados”. El apóstol Pablo definió la iglesia como “los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos” (1 Corintios 1:2).

La “iglesia” se refiere al grupo de personas que recibieron la salvación mediante la sangre de Jesús, y la relación entre estos individuos se

conoce como “la comunión”. El Señor trabaja en medio de la comunión de sus santos por eso ellos son el templo de Dios: “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” (1 Corintios 3:16)

El Espíritu Santo del Señor trabaja en medio de los salvos. Por eso, por ejemplo, por más que yo participe en la reunión de mis excompañeros del colegio, mi vida ni mi corazón cambian. Sin embargo, al estar presente en la reunión de los justos, misteriosamente, mi corazón y mi vida comienza a cambiar. Esto es porque el Señor está trabajando sin falta en medio de los salvos. Nosotros no nos reformamos a nosotros mismos porque uno mismo no es capaz de cambiar su propio corazón. El Señor es el que se encarga de cambiarme, y mi deber es permanecer entre los justos.

“¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo.” (2 Corintios 6:16)

La reunión de los salvos es el templo del Dios viviente. Dios está en medio de estos justos y trabaja allí. Para poder vivir una vida de creencia uno debe meditar, profundamente, en cuál grupo está su persona perteneciendo.

“Hay generación que maldice a su padre y a su madre no bendice. Hay generación limpia en su propia opinión, si bien no se ha limpiado de su inmundicia. Hay generación cuyos ojos son altivos y cuyos párpados están levantados en alto. Hay generación cuyos dientes son espadas, y sus muelas cuchillos, para devorar a los

pobres de la tierra, y a los menesterosos de entre los hombres.”
(Proverbios 30:11-14)

Cada vez va en aumento el número de grupos no buenos. Grupo de ingratos hacia los padres, grupo de falsos religiosos, grupo de soberbios, grupo de avaros, etc. En el mundo hay muchos grupos de personas, pero en ¿cuál grupo debe uno pertenecer? El salvo no debe pertenecer en ningún otro lugar fuera del cuerpo de Jesucristo que es la iglesia. Es una gran bendición para el justo poder llevar su vida estando entre los salvos por la sangre de Jesús.

“Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.”
(San Juan 15:3-5)

“Permaneced en mí” es un mandato del Señor. Él hizo la siguiente comparación: El Señor es el pámpano y cada uno de los salvos un pámpano, el único deber del pámpano es estar bien adherido a la vid y recibir bien su nutriente; entonces, llevará frutos automáticamente. El Señor es la cabeza y la reunión de los salvos mediante Su sangre es el cuerpo, la iglesia (1 Corintios 12:27). Si uno está bien adherido en la iglesia, puede recibir naturalmente toda provisión proveniente de la cabeza. Un dedo no está directamente conectado con la cabeza, sin embargo, por estar ligado al cuerpo, recibe la dirección de la cabeza. Estar incorporado en el grupo de los salvos es lo mismo que estar unido con el Señor.

SED LLENOS DEL ESPÍRITU

“No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos de Espíritu” (Efesios 5:18). Para poder llevar una vida de creencia saludable necesitamos estar llenos del Espíritu Santo porque de lo contrario no podemos vivir una vida espiritual normal.

Nosotros podemos estar llenos del Espíritu Santo estando conectados a la reunión de los salvos. El Señor dijo: “Porque el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad.” (2 Corintios 3:17), para estar embriagado hay que ir donde hay bebidas alcohólicas, porque sin beberlas no es posible embriagarse. Así también, para estar llenos del Espíritu debemos ir a donde Éste se encuentra, y el Espíritu Santo trabaja en medio de la reunión de los salvos.

Estar embriagado es muy parecido, en algún sentido, a estar lleno del Espíritu Santo. Las personas que disfrutan las bebidas alcohólicas inventan cualquier excusa para participar en una reunión donde hay alcohol. Estas personas, una vez reunidas, pasan un gran rato tomando, no sienten el tiempo pasar. Y se ponen aún más felices cuando se prolonga la fiesta para tomar más. Los borrachos viven guiados por la fuerza del alcohol porque ellos viven cerca del alcohol. Y estas personas, generalmente, se reúnen con otros que comparten el mismo gusto por tomar.

Por el otro lado, los que son llenos del Espíritu Santo viven cerca del Espíritu Santo. Son aquellas personas que no sienten el tiempo pasar al estar en las reuniones de los salvos. Adoran ansiosamente la palabra de Dios y se llenan de Su palabra. Mientras están en la reunión de los salvos, sin darse cuenta, son tomados por la fuerza del Espíritu Santo. Esto es porque el Espíritu Santo, aunque es invisible para los ojos,

trabaja en el lugar donde la palabra de Dios es predicada, que es espíritu y vida (San Juan 6:63).

Con el esfuerzo y empeño de uno solo es imposible vivir la vida de creencia. Así como la vela navega recibiendo la fuerza del viento, la vida de creencia necesita de la ayuda del Espíritu Santo. Mientras una persona permanece activamente aprendiendo la palabra de Dios y compartiendo con los hermanos y hermanas, misteriosamente esta persona es fortalecida.

Las personas que continúan viviendo una vida piadosa no lo hacen con sus propias fuerzas; sino que, al estar conectados en la reunión de los salvos, ellos son tomados por el poder del Espíritu Santo y es así como, pueden continuar hasta el final en el camino del cristiano.

Para no emborracharse, la persona simplemente no debe tomar alcohol. De igual forma, una persona que no ha estado dentro de la reunión de los salvos, no conoce lo que es estar lleno del Espíritu Santo. Una persona que toma una copita de vino solo para el acompañamiento de la comida no experimentará la embriaguez. Igualmente, una persona que asiste a la iglesia una vez a la semana, los domingos, y se sienta en la última fila esperando desaparecerse apenas termine el culto, no podrá experimentar lo que es estar lleno del Espíritu Santo.

Para poder ser lleno del Espíritu Santo es indispensable sacar el tiempo. En este mundo también, para poder llegar a realizar algo hay que invertir tiempo, sin esta inversión no hay nada que se pueda alcanzar. Para vivir una vida piadosa coherente, es necesario destinar tiempo para las reuniones de los justos, aprender la palabra, compartir y ocupar la posición de uno en la reunión de los salvos es lo que tenemos que hacer, hasta acá llega la responsabilidad de cada uno de nosotros.

El Señor es el encargado de cambiarnos y llenarnos de Su espíritu mientras uno está en la reunión de los justos. El deseo de predicar, de servir y de orar nacen naturalmente en el corazón entre tanto se aprende la palabra y se comparte en medio de los salvos. Esto no es difícil, hay una parte que nos toca a nosotros y del resto se encarga el Señor para transformarnos.

LA SALVACIÓN RECIBIDA EN MEDIO DEL FUEGO

Existe un juicio que se conoce como el juicio del cristiano, en el cual se califica la vida del cristiano desde el día que recibió la salvación. La persona que no ha recibido la salvación se presentará ante un juicio que lo enviará al infierno, pero la persona que es salva recibe un juicio que tiene que ver con el galardón. Aunque nosotros, los nacidos de nuevo, no recibamos el juicio del infierno; sin falta tendremos que pasar por el juicio del cristiano. La salvación es un regalo de Dios recibida por la gracia. No obstante, el galardón no es gratis.

“Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; pero cada uno mire cómo sobreedifica. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego.” (1 Corintios 3:10-15)

El apóstol Pablo dice que la vida de creencia del cristiano es como construir una casa sobre el fundamento. Algunos cristianos construyeron con oro y metales preciosos, otros cristianos con madera y plantas.

Cuando estemos en el juicio pasará un fuego por el esfuerzo de cada cristiano desde el día de su renacimiento.

El oro, la plata y otras piedras preciosas resisten y perduran por lo que los esforzados serán premiados eternamente. Empero, la madera, las plantas y pajas se queman y se pierden. Ya está advertido: Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego. Lo cual significa que será como Lot.

Lot no permaneció con su tío Abraham para vivir dentro de la promesa de Dios, sino que fue arrastrado por su carne y vivió en una ciudad llena de pecado, Sodoma, la cual iba a ser destruida próximamente. Lot fracasó en seguir la voluntad de Dios, la voluntad que Abraham perseguía. Cuando Sodoma y Gomorra se quemaron, Lot pudo salvar su vida, pero todo su esfuerzo se quemó. Para que nosotros no pasemos por lo mismo, la Biblia nos enseña que debemos vivir con cuidado. Aunque construyamos un palacio, pero si éste se quema y uno apenas salva su vida, sería un final vergonzoso.

HASTA EL DÍA DE SU REGRESO

Nosotros debemos permanecer en nuestro lugar dentro de la reunión de los salvos. Esto llegará a darnos nuestra recompensa. En las escrituras dice que hacerle el bien a uno de los salvos es como hacerle bien al mismo Señor. También el Señor dijo que, si dos salvos unen sus fuerzas y salvan el alma de un tercero, ambos justos recibirán la misma

recompensa. La persona que permanezca hasta el final en la reunión de los justos jamás será avergonzada.

“Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados.” (1 Juan 2:28). Los hijos pueden crecer bien recibiendo el amor y la atención de sus padres permaneciendo junto a ellos en el hogar.

Pero el hijo que se escapa de la casa es imposible que se desarrolle de la mejor manera. Así también, por más que uno mismo tenga muchos defectos, si esta persona guarda su lugar dentro de la reunión de los salvos, podrá ser utilizado preciosamente por el Señor. Él siempre está detrás del justo, lo cuida y le ayuda hasta el final.

Aunque nosotros todavía vivimos sobre este mundo, nosotros ya no pertenecemos a este mundo; sino que somos ciudadanos del Reino de los Cielos, somos el pueblo de Dios. El día que el Señor vuelva, dentro de poco, nuestro cuerpo también será transformado en un cuerpo glorioso y lo recibiremos para entrar juntos con Él al Reino Eterno.

Es una gran dicha y felicidad tener un Padre bueno en esta vida. Tenemos un Padre que nos da Su cuidado y nos guía hacia el buen camino hasta que nosotros entremos al Cielo. Por más grande que sea la dificultad que esté delante suyo, aunque viva una vida humilde, nunca olvide el hecho de que usted es hijo(a) de Dios y permanezca dentro de la Iglesia permaneciendo en su lugar. Sin falta alguna, mientras estemos en la Iglesia de Dios, Él nos cambiará y recolectará maravillosos frutos de nosotros.

“Porque este Dios es Dios nuestro eternamente y para siempre; Él nos guiará aun más allá de la muerte.” (Salmos 48:14)